

más que una mixtificación, una farsa... ¿pero quién la representará sin reír?...

II. He aquí las concesiones: Publicidad de las cuentas de la Hacienda, votación del impuesto, determinación de los gastos, para los cuales los Estados *indicarán los medios* y su majestad «los adoptará, *si están conformes con la dignidad real* y la celeridad del servicio público.»

Segunda concesión: El rey sancionará la igualdad del impuesto *cuando el clero y la nobleza quieran renunciar á sus privilegios pecuniarios.*

Tercera concesión: Las propiedades serán respetadas, *especialmente los diezmos, derechos y deberes feudales.*

Cuarta concesión: ¿Libertad individual? No. El rey invita á los Estados á *buscar* y proponerle medios para *conciliar* la abolición de las *órdenes de prisión* arbitrarias con las precauciones necesarias para amparar el honor de las familias ó reprimir los comienzos de sedición, etc.

Quinta concesión: ¿Libertad de la prensa? No. Los Estados buscarán el medio de conciliar la libertad de la prensa con el respeto debido á la religión, á las costumbres y al honor de los ciudadanos.

Sexta concesión: ¿Admisión de todas las clases á los empleos públicos? No. Prohibida expresamente en el ejército. El rey declara del modo más terminante que quiere conservar íntegra, sin la menor modificación, la institución armada.* Es decir, que el que no sea noble no llegará jamás á tener grados militares, etc. Así, el imbécil legislador entrega las cosas á la violencia, á la fuerza, á la espada. Y precisamente elige este momento para tomar la suya... Que llame entre tanto más y más soldados, que rodee de ellos la Asamblea, que los lance contra París... Son otros tantos defensores más que da á la Revolución.

La víspera del gran día, á media noche, tres diputados nobles, M. M. d'Aiguillon, de Menou y de Montmorency, fueron á enterar al presidente del resultado del consejo celebrado aquella misma noche en Versalles: «Necker no apoyará un proyecto contrario al suyo, no irá á la sesión, y sin duda alguna se dispone á marchar.» La sesión se abre á las diez. Bailly dice á algunos diputados, y estos lo propalan, el gran secreto. La opinión se hubiera dividido y llamado á engaño, si hubiese visto al ministro popular sentarse al lado del rey; pero ausente Necker, el rey quedó descubierto frente á frente ya de la opinión. La corte confiaba dar el preparado golpe de mano al abrigo de Necker y á costa de su popularidad y prestigio; jamás le ha perdonado que no tolerase le deshonorara y abusase de él.

La prueba de que todo había sido descubierto está en que á la salida del rey del castillo la multitud lo acogió con un silencio frío y adverso. El negocio había fracasado; la gran escena preparada con tanta habilidad no causaría efecto.

El miserable espíritu de insolencia que inspiraba á la corte, había ideado que entraran en la sala por la puerta grande los dos órdenes pri-

vilegiados y que el Tercer Estado entrara después por una puerta trasera, quedando bajo un cobertizo la mitad á la intemperie y á la lluvia.

Así, humillado y mojado, estaría con la cabeza baja para recibir la lección que se le preparaba.

La puerta cerrada; nadie para introducir al Tercer Estado.—Mirabeau al presidente: «¡Señor, conducid la nación delante del rey!»—El presidente llama á la puerta. Los guardias de corps responden.—El presidente: «Señores, ¿dónde está el maestro de ceremonias?»—Los guardias de corps: «No sabemos nada.»—Los diputados: «Pues bien, entonces entraremos.»—Al fin el presidente hace venir al capitán de la guardia y éste marcha á buscar á Brézé.

Los diputados entran en fila y encuentran en la sala al clero y á la nobleza que, ya sentados, parecen esperarlos como jueces... El resto de la sala está vacío. Nada más triste que aquel salón inmenso de donde el pueblo había sido desterrado.

El rey leyó con su sencillez ordinaria la arenga que le habían compuesto, resultando raras en sus labios aquellas palabras despóticas. Sentía y comprendía poco aquel espíritu la violencia provocativa, y por eso estaba sorprendido del aspecto que la Asamblea provocaba. Los nobles aplaudieron el artículo que consagraba los derechos feudales, y con voces claras y altas dijeron: «¡Esa es la paz!»

El rey, después de un momento de silencio y extrañeza, concluyó con palabras intolerables que arrojaban el guante á la Asamblea y eran el principio de la guerra: «Si me abandonáis en esta hermosa empresa, yo solo haré el bien de mis pueblos y solo yo me consideraré como su verdadero representante.

Y finalmente: «Os ordeno, señores, separaros en seguida y reuniros mañana en las cámaras afectas á vuestro orden para reanudar vuestras sesiones.»

Salió el rey; siguiéronle el clero y la nobleza. El Tercer Estado quedó allí reunido, tranquilo, en silencio (1).

El maestro de ceremonias entró entonces y en voz baja dijo al presidente: «Señor, ¿habéis oído la orden del rey?»—El presidente respondió: «La Asamblea se ha reunido después de la sesión real; no puedo disolverla sin que haya deliberado. Y volviéndose á los compañeros que le rodeaban, exclamó: «Me parece que la nación reunida en Asamblea no puede recibir órdenes.»

Mirabeau interpretó estas palabras admirablemente; dirigiéndose al maestro de ceremonias, con su voz fuerte, imponente y de una majestad terrible, lanzó estas admirables palabras: «Conocemos las intenciones que han sido sugeridas al rey; y vos, señor, que no sabríais ser su ór-

(1) No hubo excitación ni consternación, como dice Dumont erróneamente. Los radicales, como Gregoire (*Memorias*, I, 381), los moderados como Malouet, estaban perfectamente de acuerdo. Con este motivo Malouet ha dicho estas hermosas y sencillas palabras: «No podíamos tomar otro camino... Debíamos á Francia una constitución.» (Malouet. Explicaciones á sus comitentes).

gano ante la Asamblea, vos que no tenéis aquí ni puesto, ni voto, ni derecho de hablar, no tenéis para qué recordarnos su discurso... Id á decir á quienes os han enviado que estamos aquí por la voluntad del



VOLTAIRE.—(Último retrato)

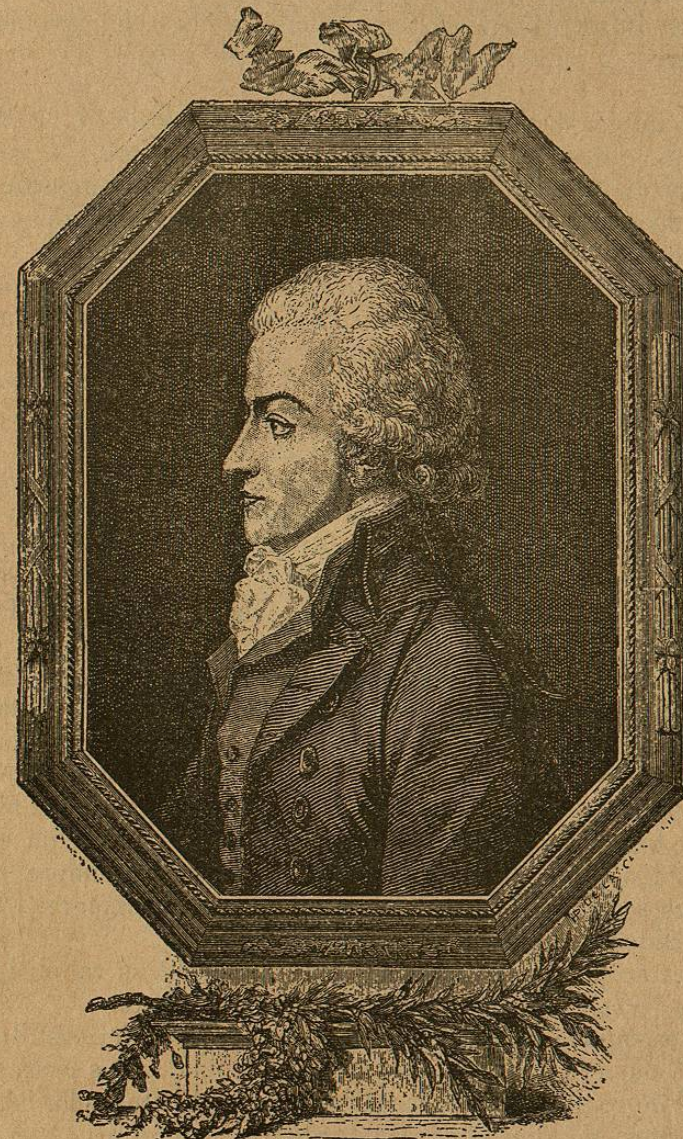
pueblo y que no se nos arrojará de este sitio sino por la fuerza de las bayonetas (1).

Brézé quedó desconcertado, aterrado; sintió el poder de la nueva realeza, y recordando lo que la etiqueta prescribía para la antigua, salió de la Asamblea andando de espaldas, retrocediendo como se hacía delante del rey (2).

La corte había imaginado otro medio de expulsar á las comunnes, medio brutal, empleado otras veces con éxito en los Estados generales. Consistía sencillamente en hacer desamueblar la sala y deshacer el anfiteatro y el estrado del rey. Entraron, en efecto, los obreros; pero á una

(1) Esta versión es la verdadera. Mirabeau era realista; no hubiera dicho jamás: *Id á decir á vuestro dueño*, ni las otras palabras que se han supuesto.
(2) Relatado por M. Frochot, testigo ocular, al hijo de Mirabeau .. *Memorias VI, 39*. La familia Brézé ha querido negar algunos detalles de esta escena tan conocida, cuarenta y cuatro años después del suceso.

palabra del presidente se detuvieron, soltaron sus herramientas, contemplaron con admiración la majestuosa calma de la Asamblea y se convirtieron en espectadores atentos y respetuosos.



BARNAVE

Un diputado propone discutir al día siguiente las resoluciones del rey. No fué oído. Camus demuestra vigorosamente y hace declarar que la sesión real no era más que un acto ministerial y que la Asamblea persistía en todos sus anteriores acuerdos.

El joven Barnave: «Habéis declarado lo que sois; no tenéis necesidad de sanción.»

El bretón Grezen: «¡Cómo! El soberano habla como dueño, cuando debería consultar.»

Pétion, Buzot, Garat y Gregoire hablaron tan vigorosamente como los anteriores. Y Sieyes, con sencillez: «Señores, sois hoy lo que ayer erais.»

La Asamblea declara en seguida, por la proposición de Mirabeau, que sus miembros eran inviolables y que cualquiera que pusiera la mano sobre un diputado era infame y merecedor de la muerte.

Este decreto no fué inútil. Los guardias de corps habían formado en línea delante de la sala.

Se suponía que sesenta diputados serían hechos prisioneros durante la noche. La nobleza, con su presidente á la cabeza, fué á dar las gracias á su salvador el conde de Artois, buena persona que más tarde fué prudente y se guardó bien de permanecer en su casa. Muchos fueron á ver á la reina triunfante, regocijada, que dando la mano á su hija que tenía en brazos al delfín, les dijo: «A la nobleza lo confío.»

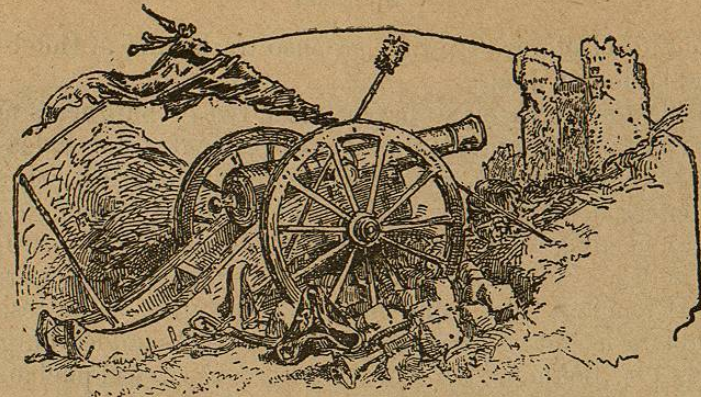
El rey no participaba de esta alegría. El silencio del pueblo, tan nuevo é inesperado para él, le había turbado y preocupado. Cuando llegó Brèzé á decirle que los diputados del Tercer Estado continuaban reunidos en sesión y le pidió sus órdenes, paseó durante algunos minutos, y con el tono de voz del hombre agobiado, dijo luego: «Pues bien, que los dejen.»

El rey habló sabiamente. Todo lo temía. Un paso más y París marcharía contra Versalles. Ya Versalles estaba alborotado. A cinco millas de la población, seis mil hombres llegan al castillo. Le reina ve con terror aquella extraña corte completamente nueva que invade los jardines, las terrazas y llega á las habitaciones. Ruega, suplica al rey que deshaga lo hecho, que vuelva á llamar á Necker... No tenía que venir de lejos; estaba cerca, aguardando convencido, como siempre, que nada podría hacerse sin él. Luis XVI le dijo bonachonamente: «Yo no he hecho en balde mi Declaración; no la retiro.»

Necker no puso ninguna condición. Satisfecha su vanidad, ebrio de oír gritar *Necker!*, no tuvo ningún otro pensamiento.

Salió esponjado de alegría á la gran galería del castillo, y para convencer bien á la multitud pasó á través de ella... Dos locos se pusieron ante él de rodillas y le besaron las manos. El, turbado, conmovido: «Sí, hijos míos; sí, hijos míos, me quedo, estad seguros...» Y llorando como un niño entró en su gabinete.

Pobre instrumento de la corte, quedaba allí sin exigir nada; quedaba para cubrir la intriga con su nombre, servir de tapadera, asegurar la corte contra el pueblo; devolvió el valor á los brazos que se escondían ante la multitud y les dió tiempo para llamar á los tropas.



CAPITULO V

Movimiento de París

Asamblea de los electores, 25 de Junio.—Movimiento de guardias franceses.—Agitación del Palais-Royal.—Intrigas del partido de Orleans.—El rey ordena la reunión de los órdenes, 27 de Junio.—El pueblo liberta á los guardias franceses, 30 de Junio.—La corte prepara la guerra.—París pide ser armado.—Caída de Necker, 11 de Julio de 1789.

La situación era extraña, visiblemente provisional.

La Asamblea no había obedecido. El rey nada había revocado.

El rey había vuelto á llamar á Necker, pero tenía á la Asamblea como prisionera en medio de tropas; había logrado que el público no pudiera asistir á las sesiones; la puerta grande permanecía cerrada y los diputados entraban por la puerta posterior y discutían sin auditorio.

La Asamblea reclamó débilmente. La resistencia del día 23 parecía haber agotado sus energías.

París no se abate del mismo modo.

No se resigna ver sus diputados haciendo leyes, prisioneros.

El 24 la agitación fué terrible.

El 25 estalla de tres modos á la vez: por la multitud, por los electores y por los soldados.

El trono de la Revolución se establece en París.

Los electores habían acordado reunirse después de las elecciones para completar sus instrucciones á los diputados que habían elegido. Aunque el ministerio les negó permiso para reunirse, el golpe de Estado del 23 les animó; dieron también su golpe de Estado y se reunieron el día 25 en la calle Dauphine. Una miserable sala de una fonda, ocupada en aquel momento por una boda que dejó su puesto, sirvió para reunirse la Asamblea de electores de París. Este fué su Juego de Pelota.

Allí, París, por su órgano electoral, se comprometió á sostener la Asamblea nacional.